

Propuesta de comunicación

Título

**Platón y Maquiavelo: en torno a la posibilidad
de una “noble mentira” en política**

Sección

Filosofía, política e historia

Autor

Fernando A. Peiró Muñoz

Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración
Máster en Filosofía de la Historia: Democracia y Orden mundial
(Universidad Autónoma de Madrid)

Contacto

Ferpeiro@gmail.com

Resumen

Todo aquel que haya pretendido explorar las relaciones entre gobernantes y gobernados, cualquiera que haya sido su propósito o su época -y la de hoy, desde luego, no lo es menos -, ha tenido que atender a la voz de la mentira. Ahora bien, al igual que la idea de política ha sufrido variaciones a lo largo de la historia, la mentira asociada a ella no deberá ser entendida, asimismo, de forma unívoca. En cualquier caso, aunque esta fuese compartida, habría que tomar en consideración, al menos, tanto los presupuestos como los fines de cada autor y cada una de sus obras si, efectivamente, lo que se pretende es manejar con cierto rigor conceptos tan delicados.

En este sentido, pocos autores han planteado el uso de la mentira en relación a cómo se organiza -o debiera organizarse- políticamente una sociedad de forma tan abierta como lo hicieron Platón y Maquiavelo. No son, desde luego, los únicos, pero sí dos de los más representativos. Tanto es así que es en *República* (390-370), uno de los diálogos más estudiados del primero de ellos, donde se acuña por vez primera la noción de “noble mentira” (*γενναιόν τι ἐν ψευδομένονς*); fundamental para entender el contenido de dicha obra y que, a su vez, definirá una relación particular entre mentira y política. Esta conexión deberá ser entendida dentro de la proyección idealizada de una *polis* construida bajo una definición concreta de justicia, tema principal del diálogo, y fuera de la cual no haya presupuesto válido, ni finalidad a la que adecuarse. Maquiavelo, por su parte, con la escritura de *El Príncipe* (1513), lleva a cabo, tal vez, una genuina cesura política. En un contexto radicalmente diferente, y pese a la recuperación de parte de las ideas platónicas llevada a cabo por Marsilio Ficino en la Florencia renacentista (de 1456 en adelante), esta obra tiene propósitos bien distintos no sólo de la *República* de Platón, sino de cualquier otra obra escrita hasta la época. Formalmente, *El Príncipe* podría encajar dentro del estilo típico de “espejos de príncipes”, pero su originalidad reside en el modo en que se sistematizan, por primera vez, los medios para que un gobernante se mantenga en el poder en base a una particular manera de entender la *virtú*. Así pues, el uso de la mentira que se propone en esta obra deberá ser entendido según el propósito que Maquiavelo le daba a la misma, y no según ningún otro.

En este sentido, ¿sería posible trazar una genealogía de esta mentira política que partiese de la idea de “noble mentira” platónica y alcanzase al propio Maquiavelo?

Tras el estudio de ambas obras en general, así como de ciertos aspectos particulares, la respuesta aparece como una negativa. No son sólo el lugar y el tiempo; sus presupuestos, su forma y su propósito, son en exceso dispares, y esto, nos parece suficiente para no admitir tal posibilidad de analogía.

Así, por lo que respecta a los presupuestos, la “noble mentira” se sustenta en una definición particular de justicia, típicamente platónica, la cual determina la estructura de toda la obra y da razón de ser al propio empleo de un mito justificante. Maquiavelo rompe no sólo con Platón, sino con toda la tradición clásica y humanista que le precedía, al introducir una nueva noción de *virtú*, la cual separa al gobierno de su ligadura moral, y le otorga a la necesidad el papel de guía.

En cuanto a la forma, Platón tan sólo permite un tipo particular de mentira, aquella sólo en palabras, la cual, por su cercanía a lo auténticamente verdadero, repercute beneficiosamente en el alma de quien la escucha. Por otro lado, Maquiavelo, libera cualquier ceñidor y no le da importancia a la forma del engaño. Lo aconseja siempre que las circunstancias ciertamente lo requieran, y sin importar el efecto que pudiese provocar personalmente en los demás, siempre que beneficie los objetivos del príncipe.

Por último, y atendiendo a los propósitos que motivan cada una de las obras, podemos decir que Platón busca mediante el empleo de la “noble mentira” afianzar las carencias que su propia idea de justicia tiene como estructuradora de una ciudad ideal. Está destinada, pues, a introducir la moderación y el espíritu público con el fin de alcanzar el “bien común”. Maquiavelo, por su parte, sólo entiende el engaño como un medio para alcanzar los fines del príncipe, a saber, el mantenimiento en el poder y la gloria personal. Tampoco los actores son los mismos: para Platón, al único legitimado para proyectar una mentira justificable es aquel que ha alcanzado el conocimiento más elevado de las verdades últimas, es decir, en última instancia, sólo el filósofo está facultado para la generación de relatos falsos. Para Maquiavelo, en cambio, esto no es necesario; es más, ni siquiera cree conveniente que un príncipe posea todas las virtudes clásicas para lograr sus fines. Su legitimación para el engaño nace de la condición

propia de aquellos a los que trata de engañar, el vulgo, y de la misma necesidad de adaptación a las circunstancias.

A modo de conclusión, pues, podemos decir que con presupuestos, forma, propósitos y actores distintos, no creemos que se esté justificado para crear lazos genealógicos suficientemente estables para fundar una relación en términos de “política” y “mentira” entre Platón y el propio Maquiavelo, ya que ambos abrazan en cada una de las obras analizadas aquí, una construcción teórica particular en la que la mentira política sólo adquiere su significado pleno para cada uno de ellos dentro de su propio marco conceptual.